



Julio Salvatierra

EL MUNDO DE LAS SEIS RUEDAS

«Una novela que no podrás dejar de leer»



éide ediciones



El mundo
de las seis ruedas
2112

Cubierta y diseño editorial: Éride, Diseño Gráfico
Dirección editorial: Ángel Jiménez
Diseño cubierta: autor

Primera edición: octubre, 2025

El mundo de las seis ruedas 2112
© Julio Salvatierra
© éride ediciones, 2025
Espronceda, 5
28003 Madrid

éride ediciones

ISBN: 979-13-87643-50-8
Depósito Legal: M-19700-2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



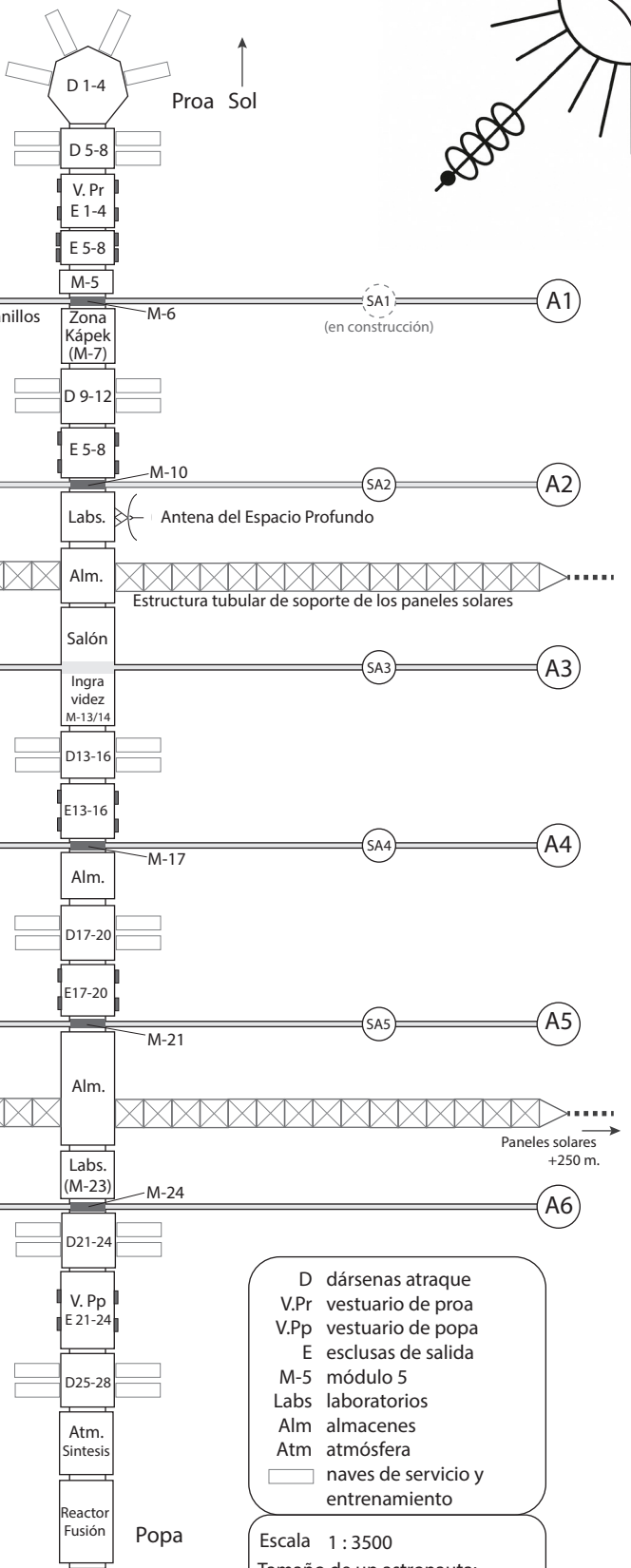
Este libro protege el entorno

JULIO SALVATIERRA

El mundo
de las seis ruedas
2112



éride ediciones



Longitud eje	750 metros
Diámetro int. eje	22 metros
Longitud tubos radiales	225 metros
Diámetro Anillos	472 metros
Diámetro Subanillos	262 metros
Diámetro int. Anillos	17 metros
Diámetro int. Subanillos	12 metros
Superficie Paneles solares	200.000 m ²
Velocida giro anillos	2 rpm

Eje Estación Copérnico

D	dársenas atraque
V.Pr	vestuario de proa
V.Pp	vestuario de popa
E	esclusas de salida
M-5	módulo 5
Labs	laboratorios
Alm	almacenes
Atm	atmósfera
	naves de servicio y entrenamiento

Escala 1 : 3500
 Tamaño de un astronauta:

Tocando el Sol

23 de diciembre de 2112

1.1

A través de los visores de grafeno me deslumbra la cegadora explosión de luz y calor que acaba de provocar mi reentrada desde el espacio de curvatura. Se disipa de inmediato mientras las redondeadas formas del hiperimpulsor de entrenamiento se materializan en el helado vacío del espacio normal, a cien kilómetros por segundo. *Atento*. Los sensores detectan una roca del tamaño de un corderito que se aproxima peligrosamente a veinte kilómetros por segundo. *Merde, lo sabía*. Con una sacudida magnética, como si me hubiera visto, el corderito se desvía tiernamente hacia mí: todas las reentradas distorsionan la curva gravitatoria local. *¡Cuatro segundos!* Golpeo el encendido de propulsión lateral, pero estas máquinas maravillosas son caracoles en el espacio normal.

—¡Vamos, vamos, vamos! —creo que estoy gritando mientras giro lentamente. Todo lo demás va demasiado rápido.

El meteoro se estrella contra el inductor magnético posterior y la sacudida está a punto de tirarme del sillón de control. *¡Fodas-se!* Saltan todas las alarmas sonoras y luminosas mientras comienza el análisis de daños. Clavo mis ojos en el indicador de descompresión, el corazón se me sube a la garganta. Uno... Dos... Tres... Cuento los segundos mientras me preparo para abalanzarme hacia el traje espacial. *¿Listo?*

Cuatro y luz verde: no hay rotura de casco. No hay fuga de atmósfera. Seguiré vivo. Respiro y trago saliva. Ha sido un golpe de refilón, unos metros más y el prototipo habría quedado hecho un pingajo y seguramente estaría muerto. Ahora solo estoy temblando. *Relájate*. Me recuesto contra el respaldo. *¿Qué he hecho?!* Ha sido mi primera reentrada y debería haber salido perfecta, llevo dos meses practicándola en el simulador. *Eres un inútil, Demian*. El cacharro que piloto cuesta diez mil millones de geas, pero la locura de los tres últimos días no estaba prevista. No debería llevar setenta y dos horas sin dormir. Todo se me ha ido de las manos y esto me va a traer muchos problemas.

Y creo que ya tengo unos cuantos.

1.II

«Esta vez ha ido cerca». La voz de Kápek se forma en mi cabeza⁽¹⁾ unos segundos después. En el espacio de curvatura no funciona la comunicación intracraneal, pero durante el resto de los entrenamientos los instructores están siempre ahí, como la voz de tu conciencia. *Sí, la he cagado*. «Bastante. ¿Qué demonios te pasa?». *No puedo contártelo*. «Vete a la mierda, Dem, esto no va así. Anoche ya estabas raro». Normalmente, entre alumnos y mentores de La Rueda no se utiliza ese lenguaje. Pero en eso, como en algunas otras cosas, Kápek y yo no somos normales. Tampoco estamos todo el día soltando tacos, solo de vez en cuando, y hoy es el día perfecto. *Lo siento, pero es en serio, no puedo hablar de esto*. «Vuelve a la estación, aparca ese trasto, come algo y luego ven a

⁽¹⁾ Es la comunicación intracraneal o «via rápida». Ver glosario.

verme, no sé qué sucede, pero me lo vas a contar, soy responsable de tu seguridad. ¿Te das cuenta de lo que acaba de pasar?», dice y corta bruscamente. Está enfadado, algo poco habitual, y por eso se salta el protocolo de revisión en caliente. A Kápek Karelia nunca le han preocupado demasiado los protocolos, eso acrecienta su leyenda, una más de las muchas que hay en La Rueda.

Con sus apenas treinta años de funcionamiento, la Estación Espacial de Entrenamiento, a noventa mil kilómetros sobre el planeta, está llena de enigmas. Desapariciones, muertes inesperadas, supervivencias o heroísmos obsesionantes. Muchos dicen que son exageraciones: los riesgos de estar tan cerca del misterio y tan lejos de nuestro hogar verde y lleno de oxígeno. Nos lo repiten en Cosmopsicología: «Estar aquí es antinatural para una especie de monos que hace diez mil años apenas sabía hacer fuego», machaca el profesor. «Pero aquí estamos y vosotros sois nuestra punta de lanza». Nunca entenderé cómo dejan dar clase a un gafe como Orson, y eso que lo adoro.

La vuelta me lleva cinco horas; los hiperimpulsores actúan lejos de la estación, por los riesgos de la reentrada: consigo dormir un rato, pero al llegar aún me siento agotado. Conduzco hasta los muelles del Anillo Seis y me enchufo en una maniobra limpia y rápida. Para ser mi primer año, tengo fama de ser un piloto prometedor, pero lo de hoy acaba de echar por tierra mi historial. Cruzo flotando la esclusa de descompresión de popa y parte del eje de la estación sin ver a nadie hasta la entrada del Anillo Cuatro.

—Este desastre te va a machacar el expediente —me dice el joven ingeniero del control mientras me pasa el parte del vuelo.

—Lo sé, Jusef, lo siento. —Me guardo la pequeña tarjeta en el bolsillo. Hay cosas anacrónicas en La Rueda, pero los

partes las superan a todas. ¿Para qué entregarnos ¡en mano! informes electrónicos que se añaden automáticamente a nuestro registro central? Supongo que tiene que ver con el respeto al Archivo Original y todo eso, pero siempre me ha fastidiado. El hombre me sonrío con su tez morena y sus dientes resplandecientes, me cae bien.

—Los fam siempre os disculpáis por todo, no consigo acostumbrarme —añade mientras me franquea el paso.

En la estación hay más sosh que fam. Los fam, criados en familia biológica, somos cada vez menos, sobre todo en profesiones científicas y militares. Los sosh, criados socialmente en granjas humanas (vale, en instituciones de desarrollo humano, HDI, ya lo sé) son cada vez más numerosos. Toda mi vida he tenido la sensación de ser un bicho raro por tener padres y abuelos, pero en la estación es mucho peor.

—Es lo que me han enseñado desde pequeño, Jusef, perdona.

—¿Ves? Te has vuelto a disculpar. —Los dos nos reímos—. No tienes remedio, pero me alegra que no lo tengas.

—¿Por qué? —Se me queda mirando un segundo.

—Me entretienes. —«Típica respuesta sosh», pienso para mí. Clara, sincera y directa, sin complejos, pero a la vez... ¿qué? A veces me siento tan inferior a los sosh que me asusta. Pero llego tarde y no puedo entretenerme con tonterías.

—Un día te lo cobraré —bromeo y echo a correr por el anillo habitacional.

—Cuando quieras —grita—. ¡Me parece justo! —Otra típica muletilla sosh.

Decido darme una ducha rápida antes de comer. Llegar tarde supone un punto más de penalización, pero necesito despejarme. Además, tengo que pensar qué le voy a decir a Kápek. Me lanzo por el tubo radial mientras siento la gravedad incrementarse. Freno con la barra de deslizamiento y aterrizo

sobre mis pies en el Anillo Tres. Esprinto por el corredor curvo hacia el cubículo-dormitorio que comparto con cuatro compañeros y me lanzo a la turboducha. El agua fría es como un chute de dopaminérgicos. La verdad es que en los últimos tres días todo se ha ido de madre. Y en La Rueda estamos monitorizados siempre. El implante en la mastoide, por donde nos llegan las redes, transmite continuamente si estás despierto, alterado o medio muerto; es muy difícil falsearlo, pero no imposible. Aunque si me pillan, supondrá la expulsión definitiva del único sueño de mi vida. «Debo de estar loco», pienso mientras me enfundo el mono de descanso, «estoy arriesgando lo que más quiero, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?». Todos creen que yo no debería estar aquí. Obtener la calificación necesaria era algo impensable para mis profesores. Desde que era un bebé, en la Escuela de Orientación Inicial, todos mis análisis han descartado la astronáutica: mi carácter es incompatible con el trabajo en el espacio exterior. Pero es lo único que me interesa. Solo la insistencia y el apoyo de mi padre han conseguido que me dejen demostrar que lo valgo. He superado todas las pruebas en la estación de simulación terrestre, en contra de las previsiones, con una de las mejores notas. He conseguido que no me puedan decir que no. Pero aún recuerdo las palabras de Guptka, director de Formación del Programa Espacial. Las oí sin que se dieran cuenta mientras él hablaba con mi padre en un restaurante en la Tierra, hace tres meses.

«Es imposible que su hijo acabe esta formación, True-long», le dijo a mi padre. «Sus test proyectivos, que nunca se equivocan, no son los que deberían. Que vaya a la estación es una pérdida de dinero y un peligro para el resto del personal».

Pero aquí estoy, a pesar de todos los Guptka del mundo y, de momento, me ha ido bien. Hasta hace un mes, cuando nos topamos con la maldita desaparición ... ¡Mierda! Se me ha vuelto a ir la cabeza. ¡No llego! Salgo corriendo a toda velocidad.

¡Maldito despiste! Me sigue pasando: me quedo pensando o «soñando con tus tonterías», que diría Jimmy. Subo a toda velocidad por la escalera del radial hasta el Subanillo Cuatro y corro de nuevo en gravedad 0,6 g, dando saltos de tigre. Cuando llego al comedor, un sensor identifica mi chip: un minuto de retraso. Si fueran tres, la puerta no se abriría. Pero, después del choque de esta mañana, es un desastre. Aunque no sepan de mi secreta vida nocturna en la estación, seguro que los algoritmos de análisis comportamental han encendido ya varias alarmas en alguna parte.

Entro sonriendo para animarme, pero el silencio que se hace en la sala es elocuente y tengo la sensación de que cien personas se vuelven a mirarme. Aquí las noticias vuelan, no hay gravedad. Aparento no darme cuenta, me dirijo al puesto de bandejas y cojo mi comida. Saludo al cocinero, Jim Silver, un encanto, y me dirijo a la mesa que comparto con Les y Fer, mis dos mejores amigos en la estación. La gente, poco a poco, retoma sus conversaciones. Leslie, con la que últimamente he discutido mucho, me mira ladeando la cabeza, como diciendo «¿por qué siento tanta pena por este impresentable?» y Fernán mira a todas partes menos donde estoy, signo de que le preocupo.

Efectivamente, las alarmas se han encendido. «*En dos días Truelong está aterrizado*»; lo acaban de oír en boca de un profesor. O sea, expulsado. Me encojo de hombros, disimulando. Fernán me mira interrogante, quiere hablar, pero niego con un gesto imperceptible. Les no sabe nada de lo que está pasando y hemos decidido no decírselo. Es demasiado peligroso. Afortunadamente, no tengo mucho tiempo para desesperarme porque, tres minutos después, la doctora coronel Sahín en persona, directora de la STS, me convoca de forma urgente a su despacho. Nuestra formación es un híbrido entre científicos y militares. No debería, porque el civilizado siglo XXII se supone

más pacífico que el violento siglo XXI y su Gran Guerra Global, pero últimamente eso parece estar cambiando. Me despidió de mis amigos mientras engullo un último bocado y me dirijo hacia el despacho de la coronel en el que, por desgracia, ya he estado. Voy repasando mis posibles faltas. Falsear la transmisión de mis constantes vitales debe haber evitado la detección de bastantes irregularidades, pero ¿y si ha fallado el trozano y me han visto en zonas restringidas o registrando camarotes de oficiales? Comienzo a ponerme nervioso porque eso podría tener consecuencias mucho peores que la simple expulsión.

Sahín me espera sentada tras su mesa de trabajo, tecleando. Me ignora ostensiblemente. Sé que no siente simpatía por mí. Es mutuo, desde luego. Luego se levanta y se acerca mirándome a los ojos durante un buen rato. Bajo la mirada, tampoco es cuestión de empezar mal.

—Tu primer vuelo con un hiperimpulsor ha sido un desastre. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, coronel. —Es absurdo negarlo.

—Y lo ha sido por tu increíble falta de atención y pericia, a pesar de que tus ejercicios en el simulador fueron buenos. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, coronel —respondo de nuevo, sintiendo no poder explicar por qué.

—Cien metros más y el hiperimpulsor habría quedado dañado, tal vez inútil. Y tú, quizás, hubieras muerto. Aunque esto último —añade sarcástica— me parece menos importante. —Su manera de expresar un cabreo siempre es sibilina y desagradable—. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, coronel.

—Me alegro. Jamás habríamos arriesgado un hiperimpulsor sin estar seguros de que podrías realizar este sencillo ejercicio. Pero has vuelto a jugárnosla. Quizás me replantee todo el programa de vuelo de primer curso por este

incalicable fallo tuyo. Comprenderás que es gravísimo y, sumado a otras faltas en tu expediente, me hace pensar que lo mejor es devolverte a Tierra. Expulsarte, por si no te queda claro. ¿Estás de acuerdo?

Estoy empezando a odiarla.

—No, coronel.

—¿Por qué? —pregunta fingiendo una repugnante sorpresa—. Con lo bien que íbamos.

—Mi fallo se ha debido a una distracción temporal, le aseguro que no se repetirá. Soy el cadete sin experiencia previa que más ha mejorado en el Cross Espacial. Mis notas han sido muy buenas y sé que varios profesores me valoran bien. Solicito el cambio de la sanción por una penalización de puntos u otras alternativas.

—Con «varios profesores» te refieres a Kaloguin, Evern y Wang, ¿verdad? Porque me consta que hay otros que no piensan igual. —Sahín asiente sin esperar respuesta, y añade—: «Dios los cría y ellos se juntan», se decía antes. —Evidentemente, no son sus profesores preferidos y tengo la sensación de que he metido la pata al nombrarlos—. Esa distracción que alegas tiene que ver con tus actividades recientes, ¿verdad? —Me tensó, ¿sabrá algo? Pero Sahín continúa por otro lado—: El Cross, el solsticio, la delegación que acaba de aterrizar sana y salva en Tierra, han sido días intensos, pero no justifican tus errores. Es imperdonable poner en riesgo un material que ha costado tanto...

En ese momento, una llamada urgente suena en su terminal. Gruñe una disculpa y se aleja, escucha durante unos segundos y luego se queda casi un minuto de espaldas, mirando por el visor de grafeno hacia la Tierra, en cuarto creciente. Aguanto a pie firme. Sahín parece reconcentrada en sus pensamientos. De repente, se vuelve. Me da la sensación de que algo ha cambiado.

—Sin embargo, no quiero que digan que odio a los fam—murmura—. Te voy a dar la última oportunidad. Vas a hacer un nuevo ejercicio de navegación, ahora. Quiero que cojas una nave de exploración, la prepares, zarpes antes de una hora, le des una vuelta al Sol y regreses sin superar $c4\%$ ⁽²⁾. Lleva contigo a tres cadetes de tu elección, así tendrás una tripulación completa. —La miro con incredulidad; *¿esa va a ser la prueba que me libre de la expulsión!?*

—Pero escúchame bien —parece que me leyera el pensamiento—. Solo una misión perfecta, sin un solo fallo respecto a los protocolos, podría hacerme reconsiderar tu expulsión. ¿Está claro?

¿En serio? Esta misión ya la hemos ejecutado y no supone una gran dificultad. *¿Será posible que la coronel, en el fondo, sea humana?* Casi me emociono.

—Muy claro —me escucho decir—. Gracias, coronel.

No se me pasa por la cabeza que todo esto debería hacerme sospechar. No pienso que haya sido la llamada que acaba de recibir lo que ha provocado su cambio de actitud ni me pregunto por qué. En La Rueda nada se regala y yo ya debería saberlo. Pero estoy tan cansado y asustado que no me paro a darle más vueltas ni a discutir. Grave error.

1.III

Veinte minutos después, la RLX-4 que he escogido y preparado, según los protocolos estándar, se separa de la estación a la distancia de seguridad. Me acompañan Fer y Les.

⁽²⁾ $c4\% = 4\%$ de la velocidad de la luz, que es de 300.000 km/sg.: es decir, 12.000 km/sg.

Y también Ray, o RED, como lo llaman algunos aquí, un bicho raro: su madre es militar y fue criado en familia hasta los seis años, cuando pasó a una *peefarm*⁽³⁾ de alto desarrollo. Un sosh con familia biológica: un perro verde. Nos admiramos, nos respetamos y, de vez en cuando, nos odiamos. Pero es asquerosamente bueno en esto. Los tres han aceptado sin dudar, son buena gente. Nos metemos en las cámaras de aceleración y, segundos después, los reactores de fusión, siguiendo mi programación, arrancan a casi toda su potencia. Estamos sometidos a ciento cincuenta g durante tres horas, hasta alcanzar c4 %. Aprovecho para dormir: la atmósfera de las cámaras también induce el sueño. El sistema nos despierta advirtiéndome que llega el momento de programar la segunda parte de la trayectoria, el giro en torno al Sol. Todos salimos de las cámaras. Estoy animado y comento que, en el fondo, Sahín no parece tan mala. Les y Fer se alegran, pero Ray me mira en silencio; mis errores con el hiperimpulsor lo han decepcionado. En la estación se valora la empatía, pero un pequeño fallo de cualquiera puede suponer tu muerte.

Los dejo charlando y me acerco al control para programar la circunnavegación solar. Aprovecharemos su gravedad para salir despedidos de vuelta, una maniobra de manual. Tecleo el nuevo rumbo, presiono «intro» y miro la pantalla de datos: no se mueve ni un decimal. Vuelvo a teclear y tampoco esta vez acepta cargarlo. Reviso el resto del sistema mientras mis compañeros, ajenos, contemplan el Sol que empieza a llenar los visores y hablan sobre los profesores, un tema inagotable. Intento volver a cargar el rumbo por distintos mé-

⁽³⁾ *Peefarm*: “*people’s farm*”, forma coloquial de referirse a los HDI (*Human development institution*) en algunas partes del planeta.

todos, pero ninguno funciona. Introduzco cambios menores; tampoco los acepta y empiezo a ponerme nervioso. Todo el sistema parece bloqueado. Intento reiniciar el computador central. No reacciona. *Mierda*. Intento activar las comunicaciones de emergencia. Muertas. *Doble mierda*. Llamo a mis compañeros y les comunico lo que sucede. En cuanto lo comprueban en persona, el pánico cunde rápidamente. Comenzamos a ensayar todo lo que se nos ocurre. Llevo conmigo a tres de los mejores alumnos de la estación, pero nada de lo que probamos funciona. La nave sigue disparada hacia el mismísimo centro del Sol.

—¿Dónde demonios se han metido nuestros instructores? —chilla Les, intentando hacer reaccionar el control manual. Con lo tranquila que es, me altera más verla así que el mismo bloqueo.

—No lo sé, tampoco doy con Kápek. —Intento por enésima vez que el navegador acepte un nuevo rumbo. Estas naves tienen tantos sistemas redundantes de seguridad que es imposible que suceda lo que está sucediendo...

—Ray —grita—, ¿y ese reinicio?

—No responde —gruñe Ray Eider Dawn desde el puesto de mantenimiento en el ordenador central.

—Tampoco contesta nadie por ningún canal. —Fernán es un genio de las comunicaciones—. ¿Cuánto nos queda? —Consulto el panel de navegación, que es lo único que sigue funcionando.

—Nueve minutos y treinta segundos. —Después, la temperatura rebasará los cincuenta y cinco grados, perderemos el conocimiento y saltarán las alarmas de «misión crítica, abortar». Cinco minutos más tarde, sufriremos un paro cardíaco. Y a los diez minutos ya no habrá fuerza capaz de arrancarnos del campo gravitatorio solar hasta que nos desvanecemos en los seis mil grados de la corona, camino del núcleo interior.

Pero todo eso ya lo saben. Los tres me miran. La coronel me pidió que escogiera gente de mi confianza. No puede tratarse de un castigo tan absurdo. *¿O sí? ¿Por mis errores van a morir tres personas?* No tiene sentido...

—¡Hay que comunicar con la estación como sea! —explota Ray, que jamás se pone nervioso.

—No lo consigo. —Fernán se desespera—. A esta distancia necesitamos usar las antenas y los amplificadores.

No tiene sentido que también fallen los sistemas de comunicación, que son independientes, es absurdo... Y entonces se enciende una luz en mi cabeza: «misión crítica, abortar». Esa alarma —el último recurso— activa un sistema de emergencia autónomo que avisa y transfiere automáticamente el control a la estación. *¿Eso es lo que están esperando?*

—Ya lo tengo —grito sin darle más vueltas—. Han diseñado a propósito esta misión para que yo fracase. En cuanto la AI dispare la alarma extrema, se activará el protocolo de emergencia con los sistemas redundantes y nos devolverán a casa. —Conforme hablo, aumenta mi certeza. La locura de los últimos días, todo lo que intentan esconder, el odio de Sahín, todo cuadra: quiere quitarme de en medio.

—¿Crees en serio que todo está planificado? —Les me mira fijamente.

—Tienen margen balístico de sobra. Se calentará, pero así prueban los nuevos aislantes.

—Puede que este psicópata tenga razón. —Ray parece de hielo—. Si fracasa en una misión como esta, poniéndonos en peligro además, su expulsión será imposible de rebatir. A pesar de que su padre sea quien es.

Los tres me miran dudando entre el odio y la lástima. Es una jugada maestra de la coronel: todo justificado e impoluto en los informes. Demian ha fallado, tal y como los

test indicaron que haría desde que era un bebé. Me siento un completo imbécil por no haber sospechado y comienzo a reír por no llorar. A través del visor, el Sol llena ya todo el horizonte. Jamás nos hemos acercado tanto a la estrella madre, a la fuente de la materia, de la vida, de nuestros sueños. Es una visión dantesca y espectacular que muy pocos humanos han podido ver. Les señalo el visor a mis compañeros. *Aprovechad este regalo de los dioses*, el pensamiento cruza mi cabeza, pero mis compañeros no quieren saber nada de dioses. En el sobrecalentamiento te asfixias sintiéndote incapaz de llenar el pecho de aire ardiente, hasta que el preedema cerebral te deja inconsciente. Nunca volverán a aceptar una invitación para acompañarme. Pero algo más fuerte que yo se rebela dentro de mí.

—Estamos más cerca del Sol que la sonda Parker/Clarke. Ninguna misión tripulada ha visto el Sol tan cerca. ¿Acaso no vale la pena arriesgarse a morir por esto?

—Estás como una puñetera cabra —murmura Ray moviendo la cabeza—. Tienen razón: nunca serás astronauta.

—La verdad es que me aterra pasar por el sobrecalentamiento, no es justo. —Fernán sigue dándole vueltas y, de repente, se levanta de un salto.

—¡Esperad! No pueden enviarnos a una misión trucada porque todos los parámetros de la nave quedan registrados de forma independiente al control de misión. ¿No lo veis? Los memorándums electrónicos son intocables, se mandan copias automáticamente a Tierra, a seis sitios distintos. Si no hubiera una forma de escapar a este bloqueo, Dem no sería responsable y esto sería una burda trampa. Tenemos que poder recuperar el control. Esto sigue siendo una prueba. —Nos miramos durante un segundo. *Joder...*

—¡Fer, eres un genio, los malditos memorándums! —lo besaría en la boca.

—Ahí podemos ver todos los parámetros de la nave —Les pone voz a mi pensamiento— y comprobar qué es lo que han programado.

—Suponiendo que lo hayan hecho. —Ray tiene cara de aguafiestas—. Pero están en el exterior y nosotros demasiado cerca del Sol como para salir sin freírnos.

—No, si usas sombrilla. —Sonríó al mismo tiempo que comienzo a meterme en la única unidad de movilidad extra vehicular (EMU) de la nave, conocida generalmente como traje espacial.

Tras un instante de desconcierto, Les salta de su asiento, desencajada.

—¿Qué haces?

—Usaré el panel solar del módulo de exploración. Y no intentes detenerme, ya sabes lo cabezota que soy —le respondo embutiendo mis brazos en las mangas. Todas las naves de entrenamiento tienen un pequeño Rover equipado con un largo panel solar capaz de resistir altísimas temperaturas.

—Te vas a freír ahí fuera —comenta Ray sin darle importancia.

—Prefiero morir ahí fuera a que me expulsen, lo tengo claro. —Y creo que en el fondo es verdad. Luego me giro hacia Fernán—. Encárgate de verificar rumbo en cuanto deshaga lo que hayan hecho. —Fernán asiente débilmente, tenemos cuatro minutos. Saludo con el pulgar a mis compañeros, pero solo a Ray se le ocurre algo que decir.

—Siempre creí que acabarías mal, ahora lo vamos a comprobar.

Asiento, agarro el panel solar de casi dos metros de largo del Rover, paso el cable de seguridad por mi muñeca y me deslizo en el habitáculo de descompresión. Diez segundos más tarde, la puerta exterior se abre al espacio absorbente. Solo que ahora no me rodea el espacio. Me rodea el Sol.

1. IV

Salir al espacio tan cerca de la corona solar está más allá de toda descripción. De un lado al otro de mi ángulo de visión, floto en un firmamento naranja y rojo en el que hierven los cien mil demonios del infierno, en un aterrador silencio que hace aún más siniestra toda aquella fuerza del universo. Asomarse al espacio a quince millones de kilómetros de la fotosfera solar, solo con el traje espacial entre aquel infierno y mi piel, envía una descarga de adrenalina tan brutal a mi torrente sanguíneo que no sé cómo no exploto de puro terror y excitación. Sé que lo recordaré el resto de mi vida, aunque dure solo cuatro minutos más. Sujeto mi paraguas, manteniéndolo entre el Sol y yo. La luz solar directa sobre mi traje HT9 tardará apenas cinco minutos, a esa distancia, en quemar la capa exterior del aislamiento. Después de eso, el traje apenas resistirá dos minutos más antes de convertirse en un colador que dejará escapar todo el aire y el agua refrigerada que me protege del calor. Luego, en apenas diez segundos, me carbonizaré entero, aunque antes ya habré muerto por hipoxia y despresurización. Así que hay que ir rapidito y matizando. Nunca me ha gustado ponerme moreno. Escondiéndome detrás del panel, me lanzo hacia la siguiente asa de enganche, a tres metros de distancia. Tampoco ahora me doy cuenta de mi imbecilidad. Sin fijación de seguridad ni propulsión autónoma, entrando en la tempestuosa atmosfera solar, en una nave sin control, este salto es la cosa más estúpida que he hecho en mi vida (y he hecho bastantes). Pero se ve que, de vez en cuando, los locos tenemos suerte.

Enlazo sin problemas el asa con la otra mano y, como si hubiera sido un salto practicado mil veces, giro sobre mí mismo y detengo mi inercia con los pies sobre el casco de la nave antes de fijarme en la siguiente asa, junto a la compuerta de

mantenimiento, y dar un nuevo salto. Guiado por una concentración de loco que no me deja pensar en la muerte, tecleo el código de capitán y la compuerta se abre, proporcionándome, además, una sombra adicional. Introduzco medio cuerpo dentro de la sección de mantenimiento y miro el reloj. He tardado cuarenta y cinco segundos, me quedan tres minutos. Extraigo la tableta-registro del memorándum, que es el equivalente a lo que fueron las cajas negras en los inicios de la aviación, y contemplo su pantalla. Está llena de información. Interminables listas de parámetros de todos los sistemas de la nave, con sus valores en números verdes. Miles de números verdes. *Maldición*. Tardaré minutos enteros en leer toda aquella información y mucho más en interpretar los valores para saber qué significan. Tiene que haber un sistema más rápido, pero nunca me he fijado demasiado en aquellos estúpidos cacharros. Mi corazón se acelera aún más. Enciendo el transmisor.

—¿Fernán?

—Te oigo —me responde, y podría jurar que lo siento sudar y jadear.

—¿Cómo muestro los parámetros críticos en el memorándum?

—Menú principal, tercera entrada: información secuencial. Quinta entrada: parámetros agrupados. Tercera entrada: *display* críticos. Y date prisa, nunca me han gustado las saunas. —Fernán es una versión andante del cosmowiki y, en este momento, es dios. Sigo la ruta trazada por dios, pero, en vez de un par de claros y diáfanos mensajes de error, me aparecen cientos de parámetros en rojo: toda la nave está entrando en estado crítico por la proximidad al Sol. Las temperaturas del fuselaje, del sistema de enfriamiento, las densidades de los fluidos, todo se dispara y convierte el dato buscado en una aguja en un pajar. «Me temo que de esta no salgo», pienso, y

comienzo a revisar febrilmente columnas y columnas de cifras en rojo, consumiendo minutos preciosos, hasta que finalmente unas letras llaman mi atención: «Traspaso manual temporizado del sistema de control: ACTIVADO». Desgraciados. Ahí está. Han programado una desconexión del sistema de control mediante un interruptor fuera de la cabina de mando. Es un conmutador manual que apenas se utiliza, para misiones en las que la nave se use también de forma no tripulada. En la base debieron programarlo para transferirles el control mientras estábamos en las cámaras de aceleración. A menos que un capitán muy experto (más que yo, al menos) hubiera revisado ese interruptor en el chequeo previo, la tripulación quedará totalmente a su merced. Doy un salto hacia el panel donde debe estar ese interruptor y me aferro al asa correspondiente. Abro la compuerta y comienzo a buscarlo entre varias decenas de conmutadores. Repentinamente, noto un cambio brusco a mi alrededor, levanto la cabeza y veo que estoy a plena luz del sol, mientras mi paraguas se aleja flotando, junto al fuselaje, aún a un metro de distancia. Con el último salto debo haber soltado el cable de seguridad. Pero todavía está a mi alcance. Engancho el mosquetón de mi cable de vida a un asa del fuselaje, pensando en recuperarlo, pero ya he perdido mucho tiempo. *A la mierda*, confío en que la resistencia del traje me dé el tiempo suficiente. Vuelvo a centrarme en el panel, localizo el interruptor y llamo a Fernán.

—¿Fernán? Voy a devolver el control de la nave a cabina. ¿Fernán? —Ninguna respuesta.

—¿Les? ¿Ray?

Nadie responde. Han pasado cuatro minutos y seguramente están ya inconscientes, desvanecidos por el shock térmico. *Bueno, quizás muera carbonizado hasta la médula, pero esto cabreado*. Son cosas que algunos sosh no entienden. Así

que, tras verificar mi sujeción y agarrarme con todas mis fuerzas, acciono el interruptor.

Un brusco bandazo de la nave me arroja a un lado y, a pesar de todas mis fuerzas, mis manos se sueltan del asa. Aguantando la respiración sin darme cuenta mientras mi línea de vida se desenrolla hasta que el freno actúa y una violenta sacudida me golpea. Como temo y a la vez deseo, el rumbo preseleccionado ha entrado inmediatamente en acción. La nave inicia la maniobra de escape del campo gravitatorio solar, remolcándome como a una cometa, mientras doy vueltas como un trompo al extremo del cable, a unos seis metros de distancia. Si el cable se rompe, seré el primer humano en alimentar al sol. Sin dejar de girar sobre mí mismo, me agarro al cable que surge del ombligo de mi traje e intento acercarme al fuselaje, tirando todo lo fuerte que puedo. Sin embargo, la aceleración de la nave la contrarresta y apenas consigo avanzar centímetro a centímetro, sin dejar de girar sobre mí mismo a gran velocidad. Cierro los ojos y sigo tirando, agradeciendo los cientos de horas pasados en los diversos tipos de centrifugadoras a las que mi padre me ha acostumbrado desde niño. La ausencia de gravedad parece un juego muy divertido cuando estás en tierra, pero en el vacío puede ser un verdadero infierno. Al menos, el giro está sirviendo para distribuir la radiación solar por todo el traje: en vez de asarme la cabeza, me doraré entero, como uno de aquellos antiguos pollos a *l'ast*. Creo que empiezo a gritar como un loco, o a reír, no estoy seguro. Solo tiro y tiro del cable, freno mi giro golpeando directamente el fuselaje y deshago de nuevo el camino por el casco hasta conseguir introducirme por la escotilla. Maldigo durante diez segundos en todos los idiomas que sé mientras el aire vuelve a llenar la esclusa. Entro en la nave sin quitarme el traje, que humea notablemente. El sensor de la cabina marca aún cincuenta y cinco grados centígrados. Mis compañeros yacen

inertes sobre sus sillones. En dos zancadas me acerco a Fernán: apenas tiene pulso, su respiración es muy débil y su temperatura corporal altísima. De un tirón abro su uniforme, dejando pecho y espalda al descubierto. Lo envuelvo en una manta térmica de enfriamiento y le rodeo el cuello con su propia camiseta mojada con el agua fría de mi traje, corro al sillón de Leslie (saltándome el de Ray, lo admito). La desnudo de cintura para arriba y le aplico el mismo tratamiento. Sin tiempo para comprobar si reacciona, corro hacia RED y lo preparo de igual modo. Su pulso aún es firme y respira débilmente. Vuelve a la vida con bastante rapidez, tosiendo y temblando.

Miro a mi alrededor. El sensor de cabina indica cuarenta y cinco grados. Fernán comienza a incorporarse mientras Les vomita en su sillón. La aceleración hace que tengamos cierta gravedad. Me dirijo al panel de rumbo e introduzco unas nuevas coordenadas, no quiero llegar a La Rueda tan pronto. Tengo que pensar. Mejor vamos a darnos un tranquilo paseo. Necesito ordenar mis ideas.

Con el resto de la tripulación volviendo penosamente a la vida, miro por la ventana de grafeno y me despido del sol, que comienza a alejarse. Tendré que grabarme este momento en la memoria para no olvidarlo nunca. Estoy muy enfadado con Sahín pero, a la vez, siento que no ha sido un mal comienzo: en mi primer año de formación como astronauta, casi he llegado a tocar el sol.

1.V

Media hora después, mientras mis compañeros descansan, sigo grabando un *vídeo-log* para mi sistema central. Es un hábito adquirido a los nueve años gracias a mi abuelo, que siempre me pedía que le contara «mis aventuras». Desde su muerte

y mi llegada a la estación, lo practico aún más: me ayuda a darme cuenta de las cosas que no son evidentes. Pero, de repente, RED se arranca los sensores de monitorización del pecho, se levanta de un salto y se planta delante de mí.

—Ya no aguanto más, estoy perfectamente. —Su mirada, en cambio, dice que está bastante cabreado—. Pero tú vas a explicarnos por qué demonios hemos estado a punto de morir.

—Ray, vuelve a tu camilla —interviene Leslie desde la suya—. Ya habrá tiempo, acabas de sufrir un *shock* térmico.

—Si queréis seguir ahí tirados hasta que nos aíslen y no nos enteremos de nada, allá vosotros. Pero aquí pasa algo. —Su mirada amenazadora me taladra. Ray es más alto que yo, sus músculos se dibujan bajo su mono de misión. Lo miro intentando sopesar su grado de agresividad.

—Y quiero saberlo ahora —añade, cortante.

—Es posible que tenga razón. —Fernán se incorpora despacio—. Esta prueba inesperada quizás tiene que ver con... lo que está pasando, ¿no crees? —Dudo. Contarles todo a Les y Ray supone echarles encima mucha responsabilidad.

—Será mejor que se lo digas, por si acaso —insiste Fernán—. Es posible que te aterricen hoy mismo. —Les se incorpora del todo y se quita también los sensores.

—Imaginaba que pasaba algo por lo raros que estabais últimamente. —Su voz suena dolida y sus ojos me hacen sentir culpable.

—Bueno —digo, desconectándome—, quizás sea mejor que os lo contemos. No sé lo que puede ocurrir a partir de ahora.

Así que empiezo a explicarles todo lo que ha sucedido desde mi llegada a la estación, la llegada de todos nosotros, hace solo tres meses. Parece increíble que en tan poco tiempo hayan pasado tantas cosas.

La Rueda

*Ciento veinte días antes.
Dos de septiembre de 2112*

2.1

Dem se agolpaba con otros treinta cadetes en torno a los dos visores exteriores de la lanzadera deseando que llegara su turno. Dieciséis mujeres y catorce hombres, entre los diecisiete y los veinte años, formaban dos filas, agarrados al riel de gravedad cero, flotando cabeza arriba o cabeza abajo. Nadie incapaz de controlar sus nervios podía haber llegado hasta allí, pero en aquel momento el autocontrol parecía olvidado y muchos hablaban como cotorras.

Durante los siete interminables días que el ascensor espacial Tsiolkovsky había tardado en subir los treinta y cinco mil kilómetros hasta la estación de escape, Dem había podido hablar con la mitad de ellos. Pero se había hecho especialmente amigo de un amazonio de tez chocolate con leche, pelo rojo rizado y expresión soñadora. Se llamaba Fernán

⁽⁴⁾ Narrador del sistema central. Inteligencia artificial asociada al procesador central de datos personales, encargada de construir narraciones de todos los sucesos relacionados con la vida y las vivencias de cada persona, elaborando una historia según las necesidades de sus oyentes o espectadores.